

Viejas damas dignas

Hace un tiempo, una amiga comentó que estaba percibiendo los signos de la vejez, y se tocó triste la parte superior de los brazos y los senos. Sofía tiene 37 años. Yo tengo 31, y confieso que hasta hace poco tiempo, ver el cuerpo desnudo de una mujer mayor, después de varios hijos, de algunas cesáreas, histerec-tomía u otras operaciones, me producía cierta desazón aderezada de algo de culpa. Púdicamente miraba hacia otro lado.

Hasta que me pasaron varias cosas.

Primero, me tocó pasar una primavera en Grecia. Allí por primera vez fui a playas nudistas, y en un momento cuando no se amontonan los turistas chic o adinerados, sino una poca gente tranquila.

Fue una experiencia importante. Primero aprendí a estar cómoda desnuda. Después aprendí a estar cómoda con los demás desnudos. Y desnudas. En la isla de Ios tuve la primera noción de que los cuerpos de la gente son como los árboles: cada uno tiene su belleza, los jóvenes y los viejos, los flexibles y los nudosos. Lo importante es la tranquilidad con que uno lo habite. Y en esas playas pedregosas estaban todos tranquilos.

La segunda experiencia ocurrió en el *hamam*, el baño árabe de Fez, Marruecos. Para los musulmanes, el baño es un rito refinado. No conozco el de los hombres. El de las mujeres es Ingres y Delacroix: aceites y perfumes; miradas y secretos; cuchicheos; té de menta.

Arabes jóvenes, morenas y cimbreantes. Arabes viejas (pasar de la treintena suele ser en el Islam el límite de la juventud), gordas de dulces almibarados con nueces y dátiles, el pubis depilado oculto bajo rollos de grasa reluciente y perfumada.

Todas tranquilas. Cincuenta mujeres cómodas, a gusto, sin tensiones, sin fingir. Curvas expandidas sin recelo, blanduras aflojadas en relax, voces bajas, sensaciones placenteras de masajes y cremas y vapor. Y todas eran bonitas. Segundo descubrimiento: cuando las mujeres están a gusto en sus cuerpos —y eso a veces sólo ocurre entre otras mujeres o solas— son todas graciosas.

Al poco tiempo, Iris, mi vecina, mencionó que una amiga suya, viuda hace seis años, se enamoró y se volvió a casar. Ambos rondaban los 60. Intercambiando una taza de azúcar, Iris comentó que habían apurado el casamiento porque, siendo católicos, querían tener la bendición antes de las relaciones sexuales. Y parece que tenían ganas.

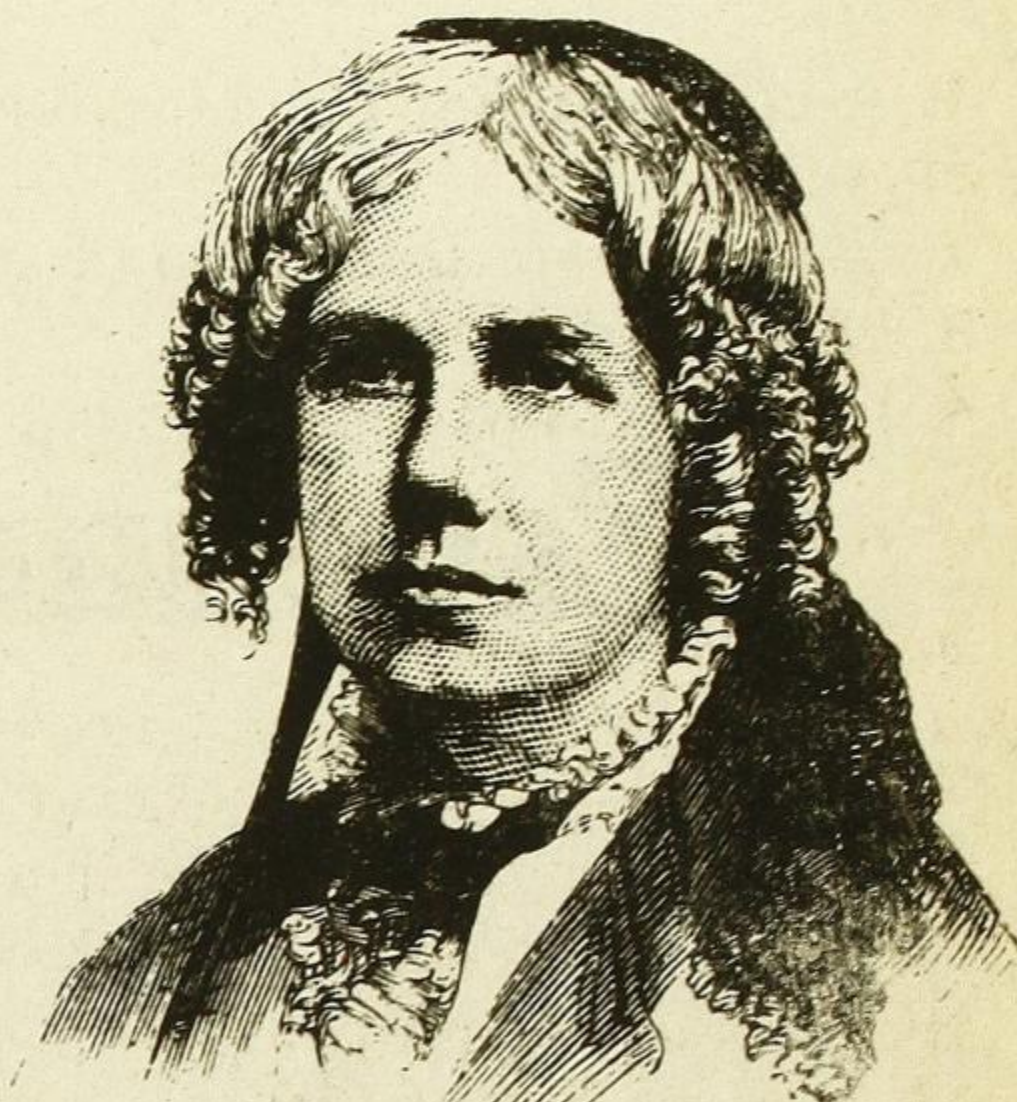
Para mí fue una sorpresa. ¿El deseo sexual existe hacia los 60 años? ¿Y puede ser tan fuerte que ponga en peligro la continencia? Iris dijo que sí. Que ni la menopausia ni la cincuentena afectan el deseo. Que su amiga y su marido se deseaban con intensidad. y que ni a la mujer le da vergüenza mostrar su cuerpo cargando las cicatrices del tiempo, ni le da asco ver el cuerpo del hombre cargando las suyas.

Como en Grecia, sólo que no bajo el sol y en el agua turquesa del Egeo, sino en una cama con sábanas, en un barrio de Montevideo.


Me armé de inocencia y coraje, y fui a preguntarle a esa mujer. Me respondió con una ancha luminosa sonrisa. El deseo se mantiene, el goce también.

Hace poco leí en el periódico brasileño *Mulherio* una entrevista a una poetisa brasileña, Cora Coralina. A la pregunta "¿usted se siente libre hoy en día?", Cora respondió así:

"Ooooooh... absolutamente libre. No me siento libre, me siento



liberada. No hay nada que valga para mí lo que mi liberación. Liberación del sentimentalismo, de la necesidad de vivir cerca de los hijos, liberación del miedo de vivir sola, liberación de tener cualquier cosa, liberación del miedo de caerme, liberación del asalto con mi puerta abierta, liberación de mi casa, donde duermo con la ventana abierta hacia el lado del río. No hay nada que valga para mí como la liberación del miedo. El miedo es la mayor esclavitud de la persona. Y hoy yo no tengo miedo y tengo 94 años de edad".

Mi vecina enviudó a los 45 años y nunca se quiso volver a casar. Desarrolló una personalidad y una actividad propias, como antes no había tenido, se labró otra vida, aprendió a manejar el auto, terminó un profesorado en idiomas, se gana la vida enseñando, toma clases de yoga. Con 60 años está delgada y flexible, pero no es por eso que ya no tengo problema en mirarla cuando coincidimos en el muelle de Punta Carretas. La que he cambiado soy yo. 

* Periodista y feminista uruguaya. Texto tomado de FEMPRESS-ILET.